

**ROBERT LOUIS STEVENSON**

## **EL CLUB DE LOS SUICIDAS**

- ¡El club de los suicidas! ¿Qué diablos es eso? –preguntó el príncipe.
- ¡Oigan! –contestó el joven-. Estamos en la edad de los grandes inventos, y les voy a descubrir los más útiles e importantes. Para acortar las distancias se inventó el camino de hierro; como también nos separaban de nuestros amigos, se inventó después el telégrafo, y vinieron los ascensores para evitarnos las escaleras. Ahora hemos descubierto que la vida no es más que un escenario en el que hemos de hacer locuras, mientras nos diviertan; faltaba pues, un medio decente de salir del escenario cuando termina la diversión; faltaba, como decía antes, la puerta falsa de la Muerte; y esta deficiencia, queridos compañeros, es la que ha venido a subsanar el Club de los Suicidas. No crean que ustedes y yo somos los únicos que alimentamos estas aspiraciones, son numerosísimos los individuos que miran con asco esta existencia y a quienes sólo una o dos consideraciones impiden huir de ella; algunos tienen familias que quedarían deshonradas y quizás perjudicadas si la cosa se hiciera pública; otros tienen el corazón débil y retroceden en el momento preciso. Este último es mi caso, no puedo ponerme una pistola en la sien y mover el gatillo porque algo más fuerte que yo mismo me lo impide; y aunque estoy harto de la vida, no tengo fuerzas para darme la muerte. Para los que se encuentran en mi situación, para todos los que desean dejar la vida sin ruido ni escándalo, para ellos se ha inaugurado el Club de los Suicidas. Cómo se ha llevado esto a cabo, cuál es su historia, qué ramificaciones tiene en el extranjero, no puedo decirlo, pues lo ignoro yo mismo, y lo poco que sé referente a su constitución no puedo comunicarlo. Por lo demás, estoy a sus órdenes; si realmente están cansados de la vida, les presentaré esta noche a la junta y, si no esta noche misma, en el plazo máximo de una semana habrán satisfecho sus deseos. Sólo tienen que disponer de unas cuantas libras para la cuota de ingreso.
- ¿Y bien? –preguntó el príncipe-. ¿Está nuestra presentación arreglada?
- Síganme –fue la respuesta-. El presidente quiere verlos en su despacho y les aconsejo que sean francos en sus contestaciones. Yo los he garantizado, pero el Club quiere poseer información previa antes de recibirlos; porque la indiscreción de un solo miembro traería la dispersión y la ruina del Club para siempre.

El príncipe y Geraldine manifestaron que estaban listos para seguirlo y los tres penetraron en el edificio. Ningún formidable obstáculo se presentó en

la entrada, la puerta de la escalera estaba abierta, igualmente la de la oficina, una habitación pequeña pero muy alta de techo; el joven los dejó en ella y dijo:

- El presidente vendrá inmediatamente –y saludando con la cabeza desapareció.

Por una puerta que había al extremo de la habitación llegaban voces y, de tiempo en tiempo el taponazo de una botella de champagne seguido de ruidosas carcajadas. La única ventana, muy alta, daba sobre el río y por la disposición del paisaje juzgaron que no debían estar lejos de la estación Charing Cross. Los muebles eran pocos y muy usados; no había ningún objeto transportable más que una campanilla sobre la mesa y en las paredes varias perchas de las que colgaban los abrigos y sombreros de los concurrentes.

- ¿Qué especie de antro es éste? –murmuró el coronel Geraldine.
- Eso es lo que he venido a ver –contestó con calma el príncipe-. Si es que tienen aquí al diablo, la cosa puede ser interesante.

En este momento se abrió la puerta, nada más que lo necesario para dar paso a una persona, y entró el temible presidente del siniestro Club.

El presidente era un hombre de cerca de cincuenta años, grandote, de pobladas patillas, calva en la coronilla y ojos grises y turbios que de vez en cuando lanzaban una chispa. Sus labios, que oprimían un enorme cigarro, se movían constantemente de un lado a otro, mientras observaba a los recién llegados con mirada fría y sagaz. Vestía un traje claro, bastante raído, y una camisa de cuello bajo y muy escotado; debajo del brazo llevaba un cuaderno de notas.

- Buenas noches –dijo después de cerrar la puerta-; me han dicho que deseaban hablarme.
- Señor mío –contestó el coronel-, nuestro deseo es pertenecer al Club de los Suicidas.

El presidente volvió a mover los labios y el cigarro y preguntó bruscamente:

- Pero, ¿qué es eso?
- Disculpe –contestó el coronel-, pero me parece que usted es la persona más indicada para contestar a esa pregunta.
- ¿Yo? –exclamó el presidente-. ¿El Club de los Suicidas? Esto ya pasa de una broma. Disculpo las locuras de los hombres que tienen el vino alegre, pero les ruego que no insistan con ese invento.
- Llame a su Club como quiera –prosiguió el coronel-, pero detrás de esa puerta hay varios invitados e insistimos en reunirnos con ellos.
- Caballero –replicó el presidente con viveza-, están en un error. Esta es una casa particular y, por favor, retírense en el acto.

El príncipe se había sentado tranquilamente durante este breve diálogo, pero cuando vio que el coronel lo miraba como diciéndole que no insistieran más, se quitó el cigarro de la boca y dijo:

- He venido aquí invitado por un amigo suyo, quien seguramente le habrá informado de mis intenciones al solicitar mi admisión en vuestro círculo. Permítame que le recuerde que una persona que se halla en mis circunstancias no tiene muchos vínculos que la contengan y por lo tanto no suele tolerar la grosería por mucho rato; generalmente soy un hombre muy pacífico pero, mi buen amigo, si no está dispuesto a complacernos en la pequeña pretensión que nos trae, siento decirle que se va a arrepentir amargamente de habernos dejado entrar hasta aquí.

El presidente soltó una ruidosa carcajada.

- Esa es la manera de hablar –dijo-. Es usted un hombre que sabe hacerlo; y me ha conquistado: pueden hacer de mi lo que quieran. ¿Puede, por favor –añadió dirigiéndose a Geraldine- esperar un momento? Me ocuparé primero de su compañero; algunos de los preliminares para la admisión en el Club deben llenarse privadamente.

Diciendo esto, el presidente abrió la puerta de un reducido gabinete y encerró allí al coronel Geraldine.

- Tengo confianza en usted –dijo al príncipe Florian-, pero ¿la tiene usted en su amigo?
- No tanta como en mí mismo –respondió el interrogado-, pero la suficiente para traerlo aquí sin recelo. Ha sufrido bastante para estar desesperado. Hace pocos días ha sido arrojado del ejército por trampas en el juego.
- Buena es esa razón –dijo el presidente-; tenemos otro en el mismo caso y es un socio de toda confianza. Y usted, ¿ha servido también?
- Sí –fue la contestación-, pero era demasiado holgazán y me retiré pronto.
- ¿Cuál es el motivo que tiene para querer dejar la vida? –preguntó el presidente.
- Eso mismo –respondió el príncipe- pereza crónica.
- ¡No puede ser! –exclamó el presidente-, tiene que haber algún otro.
- Además, estoy sin dinero –añadió Florian-, lo que es muy desagradable y exagera en sumo grado mi holgazanería habitual.

El presidente volvió a mover los labios mirando con fijeza los ojos de su original neófito; pero el príncipe sufrió el examen sin perder nada de su tranquilo desenfado.

- Si no tuviera una dosis tan grande de experiencia –dijo el presidente por último-, no lo admitiría, pero mi práctica de mundo me ha enseñado que muchas veces los suicidios se llevan a cabo por las causas más frívolas; y cuando se tropieza con alguien tan original como usted, pueden esperarse las mayores incongruencias.

El príncipe y el coronel fueron sujetos a largos y sucesivos interrogatorios cuyo resultado fue satisfactorio para ambos, y el presidente, después de

anotar algunas particularidades referentes a ambos casos, les mostró la forma del juramento que debían prestar. No puede concebirse nada más pasivo que la obediencia prometida, ni más exigente que los términos por los que quedaban ligados por el juramento. El hombre que se deja esclavizar de esa manera no debe conservar ni un átomo de dignidad, ni le alcanzarán los consuelos de la religión. El príncipe Florian firmó el documento sin poder evitar un ligero estremecimiento; el coronel imitó su ejemplo con aire abatido.

El presidente recibió las cuarenta libras, el dinero convenido de la cuota de inscripción, y sin más ceremonias introdujo a los dos amigos en la sala de fumar del Club.

Ésta era una habitación de la misma altura de la oficina con la que comunicaba, pero mucho más espaciosa y empapelada de un tono imitación roble; un confortable fuego en la chimenea y varias luces de gas iluminaban la estancia. El príncipe y su compañero contaron dieciocho individuos, la mayor parte estaba bebiendo champagne y fumando; reinaba una febril alegría, con algunas pausas siniestras.

- ¿Es ésta una asamblea en pleno? –preguntó el príncipe.
- No del todo –respondió el Presidente-; me complazco en informarle que si posee algún dinero es la costumbre el ofrecer un vaso de champagne a la concurrencia. Eso mantiene el espíritu.
- Hammersmith –dijo Florian al coronel Geraldin- le dejó el champagne a usted-, y dicho esto, giró en redondo y se mezcló con los miembros del Club.

Acostumbrado a frecuentar los círculos más elevados, en los que encantaba a todas las damas por su fluida y seductora conversación y dominaba a los hombres con su extraordinaria sangre fría, en la que había tanta autoridad como dulzura, el príncipe resaltaba aún más en aquella compañía siniestra. Mientras pasaba de uno a otro observaba a todos con atención y pronto empezó a tener una idea general de la gente que lo rodeaba. Entre aquellos desdichados predominaba un tipo: jóvenes casi adolescentes con todas las señales de la inteligencia y la sensibilidad, pero ninguno de fuerza y energía. Pocos pasaban los treinta años y muchos no llegaban a veinte. Allí estaban apoyándose en las mesas, a veces fumando muy de prisa y otras dejando apagar los cigarros. Algunos hablaban bien, pero la conversación de la mayor parte de ellos no era más que el resultado de una intolerable tensión de nervios que los hacía charlar sin ton ni son; a cada nueva botella de champagne que se descorchaba, aumentaba aquella singular alegría. Dos solamente permanecieron sentados, uno en una silla cerca de la ventana, con la cabeza echada hacia atrás y las manos escondidas en los bolsillos del pantalón, muy pálido, con la frente húmeda por el sudor, sin decir ni una sola palabra y demostrando un verdadero desafío físico y moral; el otro estaba sentado

en el diván junto a la chimenea y llamaba la atención por lo distinto que era de los demás; quizá no pasaría los cuarenta, pero parecía diez años más viejo. Florian pensó que nunca había visto un hombre tan repugnante ni que presentara más señales de los estragos producidos por las enfermedades y los vicios. Estaba reducido a piel y huesos, con medio cuerpo parálítico y llevaba unos lentes gruesos que aumentaban el tamaño de su pupila, haciendo aún más visible su extravío. Excepto el príncipe y el presidente, era la única persona que parecía estar tranquila, como si se hallara en una reunión cualquiera.

Había poca decencia entre los individuos del Club. Unos se vanagloriaban de acciones deshonrosas cuyas consecuencias los obligaban a recurrir a la muerte; y los demás los oían sin un gesto de reprobación. Parecía aquello un convenio tácito contra todos los juicios morales, como si al traspasar las puertas del Club se disfrutaran ya algunas de las inmunidades que se gozan en la tumba. Brindaban unos y otros por sus memorias y por las de algunos suicidas célebres. Comparaban y desarrollaban sus distintos puntos de vista respecto de la muerte, para algunos, ésta no era más que negación y oscuridad, otros manifestaban la esperanza de que aquella misma noche visitarían alguno de los principales planetas.

-¡A la eterna memoria del Barón Trenk, tipo ideal del suicida!- gritó uno.

-Fue un hombre que supo pasar de una cárcel estrecha a otra más estrecha aún, para recobrar su libertad por completo.

-Por mi parte – dijo otro-, yo no pediría más que una venda para los ojos y algodón para los oídos, pero en este mundo no hay algodón bastante grueso.

Un tercero leía los misterios de la vida futura, y un cuarto aseguraba que de no ser ferviente partidario de Mr. Darwin, no habría entrado a formar parte del Club.

-Creo en estas teorías –dijo este original suicida- y me es insoportable la idea de descender del mono. Sin embargo, el príncipe pareció desencantado de las maneras y comportamiento de los presentes.

“No me parece –pensó- que haya motivo para alterarse tanto; si un hombre decide matarse, que lo haga en nombre de Dios, como debe hacerlo un caballero; todo este ruido y agitación no está justificado”.

Mientras tanto, el coronel Geraldine era presa de los más sombríos temores; el Club y sus reglas continuaban siendo un misterio y giraba la vista en derredor esperando encontrar a alguien que pudiera tranquilizarlo. Sus ojos se detuvieron en el horrible parálítico de los lentes gruesos y viéndolo tan tranquilo, rogó al presidente, que andaba sin cesar de un lado a otro, que tuviera la bondad de presentarle al caballero que estaba sentado en el diván.

Le replicó el presidente que tales formalidades eran superfluas en el Club, pero lo complació presentando a Mr. Hammersmith y a Mr. Malthus. Este

individuo miró con curiosidad al coronel y le rogó que se sentara a su derecha.

-¿Es un recién venido y quiere informes? –preguntó-. Pues ha elegido bien; hace ya dos años que visité por primera vez tan delicioso punto de reunión.

El coronel respiró. Si Mr. Malthus había frecuentado aquellos sitios durante dos años, no podía haber peligro para el príncipe en una sola noche, pero no por eso quedó menos sorprendido y aún temió ser objeto de alguna burla.

-¡Cómo! –exclamó-. ¿Dos años? Me parece que se está burlando de mí.

-Nada más lejos de mi ánimo –replicó Mr. Malthus con dulzura. Mi caso es excepcional; no soy un suicida propiamente dicho sino una especie de miembro honorario del Club, que yo visito con mucha frecuencia. Mis achaques y la amabilidad del presidente me han procurado estas pequeñas deferencias, por las que pago mi cuota correspondiente y adelantada; pero tal como ve, he tenido muchísima suerte.

-Perdóneme si lo molesto –dijo el coronel- rogándole que me dé explicaciones más claras; no olvide que las reglas del Club me son desconocidas.

-Un socio activo, es decir, que busca la muerte, como usted, tiene que venir todas las noches al Club, hasta que la encuentra –contestó el paralítico-; si no tiene ningún dinero, el presidente le proporciona aquí casa y mesa; higiénicas y limpias ambas, aunque no lujosas. Esto es todo lo que puede pedirse, dada, si me es permitido expresarme así, la exigüidad de la cuota. Pero el presidente es la misma delicadeza en persona.

-¿De veras? –preguntó el coronel sorprendido-. Pues no me había hecho esa impresión.

-¡No lo conoce! –exclamó Mr. Malthus-. Es un compañero delicioso, ¡sabe unos cuentos!, y tiene un cinismo y un conocimiento de la vida perfectos; aquí, entre nosotros, le diré que es quizá el mayor pillo que existe sobre la tierra.

-¿Él también –siguió preguntando Geraldine- es un “socio permanente” como usted? Dicho sea sin pretensión de ofender.

-Claro que es permanente –contestó el lisiado-, pero de un modo distinto que el mío; a mí se me ha concedido un plazo ilimitado, pero al fin tendré que irme, pero él no entra en el sorteo: él se afana repartiendo y barajando, y persigue sin descanso los intereses del Club. Desde hace tres años practica en medio de Londres su necesaria y aún me atrevo a decir artística misión, sin levantar el menor murmullo de sospecha. Yo creo verdaderamente que es un inspirado. Sin duda recuerda la causa célebre que tuvo lugar hace unos seis meses, la del caballero envenenado por un

descuido de un boticario. Pues bien, no ha sido uno de los casos menos notables de su carrera. Y sin embargo, ¡qué sencillo y qué seguro!

-Me deja mudo de sorpresa –dijo el coronel-. ¿Cómo? ¿Aquel desgraciado era –iba a decir “una de las víctimas”, pero se rectificó- uno de los miembros del Club?

También le llamó la atención que al referir esto, el tono de Mr. Malthus no parecía ser el que convendría a un enamorado de la muerte.

-Siento que aún no sé nada –agregó Geraldine con viveza-. Usted habla de los intereses del Club, de afanarse repartiendo y barajando. ¿Qué fin persiguen? Y puesto que usted no me parece muy dispuesto a morir, ¿qué objeto lo trae aquí?

-Tiene razón al decir que no sabe nada –contestó el miembro honorario con creciente animación-. ¿No se ha enterado aún de que este Club es el verdadero templo de la embriaguez? Si mi quebrantada salud lo permitiera, vendría aquí con más frecuencia, le doy mi palabra; se necesita toda la sensación del deber engendrada por largo años de padecimientos y la costumbre de soportar un régimen riguroso para preservarme de éste, que puedo llamar, mi último vicio. Todos los he probado, amigo mío –dijo apoyando su mano en el brazo de Geraldine-, todos sin excepción, y puedo dar mi palabra de honor de que todos son fáciles de vencer. Dicen que el amor es una pasión violenta y yo lo niego. La pasión que proporciona más intensas emociones es el miedo; con él se debe jugar, si se quiere disfrutar de los verdaderos goces del vivir. ¡Envídieme! ¡Envídieme a mí, Mr. Hammersmith, porque yo soy un cobarde!

Geraldine apenas pudo reprimir un movimiento de repulsión al oír las palabras de aquel miserable, pero se dominó haciendo un esfuerzo y continuó el interrogatorio.

-¿Qué me dice usted? –preguntó-. ¿Es posible prolongar tanto tiempo esa excitación del miedo? ¿Cuál es el elemento de incertidumbre?

-Le explicaré cómo se escoge la víctima cada noche –respondió el enfermo-, y no sólo la víctima, sino el que ha de ejecutar los mandatos del Club, una especie de gran sacerdote de la muerte accidental.

-¡Dios misericordioso! –exclamó el coronel-. Pero, ¿es que aquí se matan unos a otros?

-Así se evitan las molestias del suicidio –fue la tranquila respuesta.

-¡Santo cielo! –murmuró con agitación Geraldine-. Y ¿es posible que usted...o yo..., o mi amigo seamos elegidos esta misma noche para asesinar a otro ser humano? ¡A un semejante! ¿Es posible que estas cosas sucedan entre hombres nacidos de mujeres? ¡Oh infamia de las infamias! –estuvo a punto de levantarse con horror, cuando su mirada se cruzó con la del príncipe que estaba fija en él, con expresión severa y airada; y en el acto volvió a recobrar su calma-. Después de todo ¿por qué no? –añadió-

y puesto que usted asegura que la partida es interesante, ¡*vogue la galère!* Sometámonos a las reglas del Club.

Mr. Malthus había disfrutado mucho con la sorpresa y disgusto de su nuevo amigo. Se envanecía de su perversidad y se divertía viendo a otro obedecer a un impulso generoso del que él se consideraba incapaz gracias a la superioridad que le daba su completa corrupción.

-Después de un primer momento de sorpresa, muy disculpable –dijo Malthus-, espero que esté usted en situación de apreciar los encantos de nuestra compañía. Vea aquí admirablemente combinadas las emociones de una mesa de juego, de un duelo y de un circo romano. Los paganos entendían la vida; yo admiro cordialmente el refinamiento de su inteligencia, pero estaba reservado a la teoría cristiana el poder alcanzar la quintaesencia de los sentimientos agudos. Ya comprenderá lo insípidas que resultan todas las demás diversiones para el hombre que se ha acostumbrado a ésta. El procedimiento que usamos es sumamente sencillo...pero me parece que va a tener la oportunidad de verlo puesto en la práctica, ¿quiere hacer el favor de ofrecer su brazo a este desgraciado paralítico?

Al terminar Mr. Malthus la frase, se abrieron dos puertas laterales, y los miembros del Club empezaron a pasar con cierta precipitación a la habitación inmediata; esta, por su tamaño, era igual que la anterior, pero el mobiliario era distinto. El centro estaba ocupado por una gran mesa cubierta con tapete verde, ante la cual se sentaba el presidente barajando unos naipes muy cuidadosamente.

Mr. Malthus, a pesar de la ayuda del coronel, andaba con tanta dificultad que todos estaban sentados ya cuando él y su acompañante entraron en la habitación seguidos del príncipe, que los había esperado. Esta circunstancia hizo que los tres se sentaran juntos en la parte desocupada de la mesa.

-Es la baraja de cincuenta y dos cartas –murmuró Mr. Malthus-; fíjense en el as de picas, que significa la muerte y en el as de trébol, que designa al ejecutor de esta noche. ¡Felices los jóvenes! Tienen buenos ojos y pueden seguir el juego. ¡Ay! Yo no distingo un as de un dos a una pulgada de la mesa –procedió a ponerse otro par de lentes, diciendo por vía de explicación-: Al menos observaré los rostros.

El coronel informó rápidamente a su jefe de cuanto le había contado el digno miembro honorario respecto de la horrible alternativa a que estaban sujetos los socios del Club.

El príncipe sintió que un mortal escalofrío le contraía el corazón, tragó con dificultad y sus cejas se fruncieron imperceptiblemente.

-Alteza. ¡Un golpe de audacia! –dijo el coronel- ¡Escapémonos!

Pero estas palabras bastaron para que Florian recuperase toda su calma.



-¡Silencio! –dijo-, demostremos que sabemos jugar como caballeros, por importante que sea la partida –y dirigió sus tranquilas miradas a la concurrencia, aunque su corazón latía con rapidez y sentía un desagradable calor en la frente.

Los socios seguían con vivísimo interés el juego. Todos estaban pálidos, pero ninguno tanto como Mr. Malthus. Sus ojos parecían más extraviados, su cabeza temblaba involuntariamente y sus manos, contraídas, pellizcaban nerviosamente sus labios. Se veía claramente que el honorable miembro disfrutaba los acres placeres de la emoción.

-¡Atención, señores! –dijo el presidente.

Puso las cartas de revés sobre la mesa y las distribuyó lentamente.

La mayor parte vaciló y todos los dedos temblaban al volver las cartas sobre el tapete; al acercarse el turno del príncipe tuvo éste conciencia de una eminente agitación que casi lo sofocaba, pero tenía algo de jugador en su naturaleza y comprobó con asombro que aquella sensación tenía algo de agradable. Le tocó en suerte el nueve de trébol y para Geraldine fue el tres de picas, y Mr. Malthus sacó la reina de diamantes: el baldado no pudo reprimir un sollozo de satisfacción. El joven, amigo del príncipe y del coronel, que los había introducido en el Club, volvió el as de trébol y su rostro se cubrió de palidez cadavérica: permaneció mudo de terror; ¡él no había venido allí a matar, sino a morir! Y el príncipe, en su generosa compasión, casi llegó a olvidar su posición y la de su amigo.

La ronda empezó de nuevo, pues aún no había salido la carta de la muerte. Los jugadores contenían la respiración y ni una mosca se oía en toda la estancia. El príncipe volvió a sacar tréboles; Geraldine, corazones; pero cuando Mr. Malthus volvió su carta lanzó una especie de rugido estridente e inhumano; se levantó y se volvió a sentar sin señales de parálisis. ¡Era el as de picas! El miembro honorario iba a convertirse en activo. Había jugado demasiadas veces sus terrores.

Ninguna conversación se entabló. Los jugadores se levantaron de la mesa y en pequeños grupos fueron volviendo al salón de fumar. El presidente estiró los brazos bostezando, como el hombre que ha terminado sus quehaceres diarios; pero Mr. Malthus permaneció sentado con la cabeza entre las manos, y los brazos apoyados en la mesa, mudo e inmóvil, como una cosa que ya no tiene existencia propia.

El príncipe y el coronel se apresuraron a salir del edificio. El aire frío de la noche despejó por completo sus cabezas, y con creciente horror pensaron en lo que habían visto.

-¡Oh Dios mío! –exclamó el príncipe-. ¡Pensar que estoy ligado por un juramento con semejante canalla! ¡Permitir que continúe impune ese comercio de asesinatos! ¡Si pudiera faltar a mi palabra!

-Eso es imposible para Vuestra Alteza –respondió el coronel-, cuyo honor es el honor de toda Bohemia, pero yo puedo faltar a la mía...

-¡Coronel! –interrumpió el príncipe-. Si su honor sufriera lo más mínimo a causa de mi compañía, no sólo no lo perdonaría nunca sino que, lo que quizá sería aún más sensible para vos, no me perdonaría a mi mismo.

-Obedezco como siempre a Vuestra Alteza –dijo Geraldine-. ¿Nos vamos de estos condenados lugares?

-Si –respondió el príncipe-. Llame un carruaje y tratemos de olvidar, con el sueño, los acontecimientos de esta maldita noche.

Pero lo más notable es que apuntó cuidadosamente el nombre de la calle antes de partir de allí.

A la mañana siguiente, apenas despertó el príncipe, entró el coronel con un diario en el que se leía el siguiente suelto:

*“lamentable accidente:* Esta madrugada, alrededor de las dos, ha tenido la desgracia de caer de un parapeto de Trafalgar Square, Mr. Bartholomew Malthus, que habitaba en la plaza Chepstow 16, fracturándose el cráneo y rompiéndose una pierna; la muerte fue instantánea. Mr. Malthus se retiraba a su casa acompañado de un amigo, al separarse éste algunos pasos para llamar un coche, ocurrió la desgracia; como M. Malthus era semi paralítico, se atribuye la caída a un nuevo ataque. El desgraciado caballero era muy conocido en la buena sociedad, para la que su muerte será una irreparable pérdida”.

- Si hay un alma que ha ido derecho al infierno –dijo el coronel, a modo de comentario-, será la de ese diabólico paralítico.

El príncipe ocultó el rostro entre sus manos y permaneció silencioso.

- Casi me alegro –añadió el coronel- de saber que ha muerto ese malvado, pero me da mucha lástima el pobre joven amigo nuestro.
- ¡Geraldine! –exclamó el príncipe, levantando la cabeza-. Ese pobre chico era anoche tan inocente como vos y como yo; y ahora ya está manchado con la sangre de un semejante. Cuando me acuerdo del presidente, la sangre me revuelve las venas. No sé cómo me las arreglaré, pero yo tendré a ese infame en mi poder, ¡tan cierto como que usted y yo estamos aquí! ¡Qué sensaciones! ¡Qué lección fue para mí aquel juego de cartas!
- Una lección que no debe repetirse –afirmó el coronel.

El príncipe permaneció silencioso y esto alarmó al ayudante que prosiguió:

- ¡Es posible que usted piense volver, señor! Ha sufrido demasiado y hemos visto sobrados errores. Los deberes de su altísima jerarquía le impiden repetir semejante aventura.
- Usted tiene razón en parte, Geraldine –dijo el príncipe-, y yo mismo no apruebo por completo mi determinación; por desgracia dentro de las ropas de un príncipe no se encierra más que un hombre, comprendo que no obro con prudencia, pero mi curiosidad es más fuerte que yo mismo. ¿Puedo dejar de interesarme en la suerte del desgraciado joven que cenó con nosotros anoche? ¿Puedo permitir que el presidente continúe su

vergonzosa carrera, sin vigilancia y sin obstáculos? ¿Es posible empezar una aventura tan interesante y no terminarla? No, Geraldine, usted exige del príncipe lo que el hombre no puede cumplir. Esta noche volveremos a ocupar nuestro puesto alrededor de la mesa del Club de los Suicidas.

- ¿Quiere Vuestra Alteza tomar mi vida? –gritó el coronel-. ¡Es suya, suya en absoluto, pero, por misericordia, no me obligue a volver a verlo expuesto a tan terrible alternativa!
- Señor coronel –dijo el príncipe con altivez-, su vida le pertenece, yo sólo aspiraba a su obediencia y tampoco la quiero, puesto que la prestaré forzada. Sólo añadiré una palabra, y es que doy por terminado este asunto. El coronel se cuadró militarmente, y dijo:
- Suplico a Vuestra Alteza que me conceda licencia por esta tarde. Como hombre honrado y cristiano, me es imposible aventurarme de nuevo en esa fatal madriguera sin haber puesto mis asuntos en orden. Vuestra Alteza no volverá a encontrar oposición, se lo juro, en el más agradecido y respetuoso de sus vasallos.
- Mi querido Geraldine –contestó cariñosamente el príncipe-, siempre tengo un disgusto cuando me obliga a recordarle mi rango. Disponga del día como le plazca, pero a las once de la noche esté aquí con el mismo disfraz que anoche.

Aquella noche el Club no estaba tan concurrido como la anterior, y cuando entraron el príncipe y Geraldine no pasarían de media docena los presentes en la sala de fumar. El príncipe llevó aparte al presidente, felicitándolo calurosamente por la supresión de Mr. Malthus.

- Me gustan –dijo- los hombres de genio y no se puede negar que usted lo tiene; vuestra profesión es de las más personales y delicadas, pero demuestra tener todas las condiciones necesarias para llenarla con éxito y discreción.

El presidente tuvo la debilidad de sentirse halagado por los elogios de un hombre de porte tan superior como Su Alteza, y los recibió casi con humildad.

-¡Pobre Malthus! –dijo-. Mucho se lo echará aquí de menos. La mayor parte de mis socios actuales son, como puede ver, muchachos; y muchachos románticos; caballero, esos jóvenes no son compañía adecuada para mí. No quiero decir que Malthus careciera de poesía, pero la suya era de una calidad con la que podía yo identificarme más fácilmente.

-Puedo figurarme lo bien que se comprenderían ambos –dijo el príncipe- y no dudo de su simpatía hacia él; a mi me pareció un hombre muy original. El joven amigo del príncipe estaba en la habitación pero no hablaba y su aspecto era sombrío. Sus compañeros de la noche anterior procuraron en vano distraerlo.

-¡Qué amargamente me arrepiento de haberlos traído aquí, a esta infame caverna!-dijo, y añadió con exaltación:- ¡Márchense antes de que sus manos se manchen con sangre! ¡Si hubieran oído el grito que lanzó el viejo y el ruido de sus huesos al romperse!...

¡Si alguna compasión pueden tenerme, deseen que me toque esta noche el as de picas!

Algunos miembros del Club llegaron más tarde, pero no pasaban de unos trece cuando se sentaron a la mesa de juego. El príncipe volvió a sentir la sensación de la noche anterior pero se quedó admirado al ver la perfecta tranquilidad de su ayudante.

“Es extraordinario –pensó Florian- que el hecho de hacer testamento pueda tener tanta influencia sobre los sentimientos de un hombre”.

-¡Atención, señores! –gritó el presidente y empezó el juego. Por tres veces se dio la vuelta a la mesa sin sacar ninguna de las cartas marcadas. Al empezar la cuarta vuelta la ansiedad era casi insoportable, quedaban las cartas justas para dar una vuelta entera; el tercer jugador volvió el as de trébol; los demás fueron volviendo cartas insignificantes y sólo quedaban ya el príncipe y el coronel, y el fatal as de picas no había aparecido aún. Volvió Geraldine su carta: era un as, ¡pero no el de picas! Cuando Florian vio su suerte sobre la mesa, se le paralizó el corazón; era muy sereno, pero no pudo impedir que su frente se humedeciese con un sudor frío cuando levantó su carta: ¡era el fatídico as de picas! Un torrente de sangre afluyó a su cerebro, y la mesa empezó a girar ante sus ojos. Oyó que algunos jugadores reían, otros se lamentaban, todos se dispusieron a abandonar el local y él no podía coordinar sus pensamientos. Reconoció lo imprudente, mejor dicho, lo criminal de su conducta. En plena juventud, en perfecta salud, y heredero de un trono, había jugado y perdido no sólo su vida, sino el porvenir de todo su reino. “¡Dios me perdone!”, murmuró para sí, y este santo nombre pareció devolverle la tranquilidad por un momento perdida.

Con gran sorpresa, advirtió que Geraldine había desaparecido. No quedaban en la habitación más que su presunto asesino, consultando sin duda algunos detalles con el presidente y su joven amigo, que se despidió de él diciendo:

- Daría un millón, si lo tuviera, por tener su suerte.  
El príncipe pensó que él se la hubiera cedido por una suma mucho menor. Terminó la charla en voz baja. El poseedor del as de trébol salió cambiando una mirada de inteligencia con el presidente, y éste se aproximó al desdichado príncipe, tendiéndole la mano.
- He tenido mucho gusto en conocerlo –dijo- y aún más de tener la ocasión de prestarle este pequeño servicio; al menos no podrá decir que lo hemos hecho esperar. ¡A la segunda noche! ¡Eso es tener suerte!

El príncipe trató de contestar algunas palabras, pero su boca estaba seca y su lengua se negó a articularlas.

- ¿Se siente algo mareado? –preguntó con solicitud el presidente-. A todos les sucede igual, ¿quiere algún refresco o licor?

El príncipe hizo una señal afirmativa y el presidente se apresuró a llenar un vaso, que le ofreció.

- ¡Pobre y querido Malthus! Anoche se bebió cerca de un litro y nada bastó para tranquilizarlo.
- Yo soy más sensible al tratamiento –dijo Florian ya dueño de sí y habiendo recobrado el dominio de su persona-. Me permito pedirle instrucciones.
- Marche a pie por la Strand con dirección a la City, por el lado izquierdo de la acera, hasta que encuentre al caballero que hablaba conmigo hace poco; él terminará de darle las instrucciones y a él le tendrá que obedecer, pues por esta noche se halla investido con la autoridad suprema del Club. Ahora –añadió el presidente-, ¡le deseo muy buenas noches!

Florian contestó fríamente al saludo y abandonó aquel cuarto siniestro. Al pasar por el salón de fumar, la mayor parte de los concurrentes estaban aún bebiendo el champagne que él mismo había encargado y pagado, e instintivamente los maldijo desde el fondo de su corazón. Se puso el sombrero y el gabán, buscó su paraguas entre los que allí había y lo vulgar de estos actos y la idea de que era la última vez que los ejecutaba lo obligó a prorrumpir en una carcajada que le hizo daño en los oídos. Deseando prolongar su estancia allí, se dirigió a la ventana en vez de a la puerta; pero la vista de la calle le devolvió el sentimiento de realidad.

- Vamos, vamos –se dijo-, seamos hombres y salgamos de aquí.  
Al llegar a la esquina de Box Court, tres hombres se arrojaron sobre él y lo metieron bruscamente dentro de un coche en el que ya había otra persona.
- ¿Me perdona Vuestra Alteza mi celo por servirlo? –preguntó una voz muy conocida.

El príncipe se arrojó al cuello de su ayudante con inmenso sentimiento de alivio.

- ¿Cómo le podré agradecer nunca lo que acaba de hacer? –dijo el príncipe-. Pero ¿cómo ha logrado...?
- Aunque estaba resignado a cumplir su destino sentía una vivísima alegría en que lo forzaran a volver a sus esperanzas y a su vida.
- La mejor manera de demostrarme vuestra gratitud, señor –dijo el coronel- será evitando semejantes peligros para lo futuro, y en cuanto a vuestra segunda pregunta, todo ha sido llevado a cabo por los medios más sencillos. Esta tarde fui a ver a un célebre detective; me ha prometido el secreto y le he pagado por ello; los principales actores han sido sus

mismos criados. Desde el anochecer estaba la casa vigilada y este carruaje, que es uno de los suyos, lo esperaba desde hace dos horas.

- Y el miserable que debía haberme asesinado –interrogó Florian-, ¿qué ha sido de él?
- Fue arrestado en cuanto dejó el Club y lo espera en su palacio, adonde se le irán reuniendo sus cómplices, conforme vayan saliendo del Club.
- Geraldine –dijo el joven príncipe-, me ha salvado contra mis órdenes y ha hecho muy bien: no sólo le debo la vida, sino una lección que no olvidaré nunca, y sería indigno de mi regia estirpe si no quedara agradecidísimo a mi maestro. Escoja usted mismo su recompensa.

Reinó silencio en el carruaje; éste seguía rodando y los dos jóvenes estaban embargados por sus propios pensamientos y reflexiones. El ayudante rompió el silencio:

- Vuestra Alteza posee a estas horas un considerable número de prisioneros, entre ellos hay por lo menos un criminal. Nuestros juramentos y además la discreción nos impiden recurrir a la Justicia. ¿Puedo preguntar las intenciones de Vuestra Alteza respecto de ellos?
- Ya lo he decidido –contestó Florian-. El presidente debe morir en un duelo, no falta más que escoger el adversario.
- Vuestra Alteza me ha permitido escoger mi recompensa, pues pido ese puesto para mi hermano. La misión es de confianza, pero le aseguro, Señor, que el chico sabrá hacerse digno de ella.
- No era ése el adversario que yo había escogido –dijo el príncipe-, pero no puedo negarle nada.

El coronel besó la mano del príncipe al mismo tiempo que el coche rodaba por el portal de la suntuosa residencia de éste.

Una hora después, Florian, vistiendo su uniforme oficial y cubierto el pecho con las principales condecoraciones de Bohemia, se presentó a los miembros del Club de los Suicidas.

- Hombres locos o malvados –dijo-, a ustedes, los que quieren dejar esta vida por falta de medios para sostenerla, me comprometo a proporcionarles lo suficiente para que puedan lograr vuestras aspiraciones; los que sufren por causa de algún delito que les cause remordimientos, éstos deben recurrir con humildad a un poder mucho más grande que el mío e infinitamente más misericordioso. Por todos me intereso, deseo que desde mañana me cuenten sus historias y yo les demostraré que las injusticias de la suerte pueden repararse, y las culpas y hasta los crímenes expiarse y alcanzar perdón. Cuanto más francos sean conmigo, tanto más fácil me será el ayudarlos. En cuanto a vos –dijo dirigiéndose al presidente-, no ofenderé a una persona de su extraordinaria capacidad haciéndole un ofrecimiento, pero en su lugar le propondré una diversión digna de usted. Tengo el gusto de presentarle a uno de mis oficiales –añadió, poniendo su mano sobre el brazo del hermano más

joven del coronel- que desea dar una vueltecita por el continente, y yo le pido el favor de que lo acompañe en tan agradable excursión. ¿Tira bien con la pistola? –dijo cambiando el tono-, porque es posible que lo necesite. Cuando dos hombres viajan juntos lo mejor es ir bien preparados. Me permito añadir que, si por una casualidad, sea cual fuere el motivo, perdiera la compañía del señor Geraldine durante el viaje, siempre tendré otro oficial de mi séquito para reemplazarlo y le haré observar, señor presidente, que tengo tan buena vista como largo brazo. Con estas palabras, pronunciadas con gran serenidad, terminó el príncipe su alocución. A la mañana siguiente todos los miembros del Club fueron atendidos por la real munificencia del príncipe, según sus necesidades, y el presidente partió bajo la inmediata vigilancia del joven oficial y de dos fieles criados acostumbrados desde mucho tiempo atrás al servicio del príncipe; no contento con eso, puso un agente discreto en la casa de Box Court para que todas las cartas y solicitudes de ingreso en el Club de los Suicidas tuvieran que pasar por las manos del príncipe Florian.

“ EL PRESENTE LIBRO HA SIDO DIGITALIZADO POR EL VOLUNTARIO CLAUDIA VERÓNICA KREITER”